

MIÉRCOLES DE CENIZA. Ciclo A

“Cuaresma: un camino de conversión”

Iniciamos la Cuaresma y la comunidad cristiana se pone en camino hacia la Pascua. El camino pasa por la conversión, la renuncia y la humildad. La Cuaresma es un tiempo litúrgico que invita a la conversión y que la Iglesia propone para disponernos a la gran fiesta de la Pascua (Resurrección del Señor); es el tiempo para arrepentirnos de nuestros pecados y de iniciar un cambio en nuestras vidas para ser mejores y poder vivir más cerca de Cristo. La cuaresma dura 40 días; comienza el MIÉRCOLES DE CENIZA y termina en las primeras horas de la tarde de JUEVES SANTO.

En la cuaresma, Cristo nos invita a cambiar de vida. La Iglesia nos invita a vivir la cuaresma como un camino hacia Jesucristo, escuchando la Palabra de Dios, orando, compartiendo con el prójimo y haciendo obras buenas. La cuaresma es el tiempo del perdón y de la reconciliación fraterna. Cada día, durante toda la vida tenemos que arrojar de nuestros corazones el odio, el rencor, la envidia, los celos que se oponen a nuestro amor a Dios y a nuestros hermanos.

El tiempo de la Cuaresma se inicia con el Miércoles de Ceniza, ya que en este día y durante la celebración de la Eucaristía se marca con ceniza la frente y cabeza a todas las personas. Este signo austero de la ceniza nos recuerda que el Evangelio es nuestra creencia.

Con la imposición de las cenizas se inicia un tiempo espiritual particularmente importante para todo cristiano que quiera prepararse dignamente para vivir el Misterio Pascual: es decir, la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor Jesús.

La ceniza es producto de la quema de los ramos secos del Domingo de Ramos del año anterior. Pero la palabra clave en este rito es “METANOIA” que significa “CONVERSIÓN”. Por eso las lecturas que se proclaman hoy como Buena Noticia nos invitan a convertirnos y a ponernos en camino hacia la Pascua con una vida renovada. Queremos vivir el evangelio y comunicarlo hoy en las circunstancias que nos han tocado vivir, con esperanza, con alegría interior. Para ello, es preciso, primero, profundizar en nuestra fe y confianza en el Señor y, segundo, aceptar vivir desde el amor gratuito y entregado. **Fe, esperanza y amor**, se relacionan, se supeditan, se requieren y las tres fundan, animan y caracterizan la vida del cristiano. El cristianismo no es el resultado de la suma de doctrina, liturgia y moral. Nuestra fe en Jesucristo no es reducible a un compendio de doctrinas y normas morales o a un conjunto de prácticas rituales o piadosas. La tradición de la Iglesia, en la que encontramos el ejemplo admirable de tantos y tantos hombres y mujeres que han comprendido que la fe, el evangelio, son una palabra de vida y una palabra para la vida, una palabra que sirve como pauta que confiere sentido y finalidad a la vida, nos muestra claramente que el cristianismo es, sobre todo, vida. Una fe viva, que se hace vida cuando hombres y mujeres que viven abiertos a Dios la convierten en fundamento de su existencia. La fe cristiana es, entonces, fuente de esperanza, de alegría, de gozo, porque va configurando la vida desde el proyecto amoroso de Dios nuestro Padre.

En nuestro tiempo, muchas personas dicen ser creyentes, pero al margen de la comunidad cristiana; sufrimos la gran tentación de creer en Dios sin pertenecer a la

Iglesia, de creer por “libre”, “a la carta”. Y esta actitud sintoniza a la perfección con el individualismo reinante en nuestra cultura. Pero, aunque nuestra cultura no sea capaz de comprenderlo, vivir la fe en comunidad es una necesidad fundamental inherente a la misma fe, de modo que, sin la pertenencia a la Iglesia, la fe cristiana perdería un elemento determinante de su esencia: ninguno de nosotros puede vivir su fe por libre, de modo exclusivamente individual. Toda vocación necesita la experiencia de la comunidad en la que se enraíza, se encuadra y da fruto.

El símbolo de la imposición de la ceniza nos está invitando, pues, a dirigir nuestra mirada al amor y volver a Dios, para mirar la realidad de nuestra vida personal y familiar, para mirar aquellas cosas que no me están ayudando a vivir como verdadero cristiano y hacer, al menos, el propósito de cambiar, de crecer como personas, como hijos e hijas de Dios.

*Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado episcopal de Liturgia.*